

AGAMENON.

TRAGEDIA

EN CINCO ACTOS:

ESCRITA

POR EL CIUDADANO LUIS LEMERCIER,

Y TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

D. E. T.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1800.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas, y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

AGAMENON, Rey de Micenas y de Argos. *SEÑOR BERNARDO GIL.*

CLITEMNESTRA, su esposa. *SEÑORA ANDREA LUNA.*

EGISTO, hijo de Thiestes, baxo el nombre de Plexîpo. *SEÑOR RAFAEL PEREZ.*

CASANDRA, Sacerdotisa, hija de Priamo. *SEÑORA MARIA GARCIA.*

ORESTES, hijo de Agamenon. *UNA NIÑA DISFRAZADA DE HOMBRE.*

ESTROFO, ayo de Orestes, y Rey de Corinto. *SEÑOR VICENTE GARCIA.*

PALENO, confidente de Egisto. *SEÑOR JUAN CARRETERO.*

Arcas, confidente de Agamenon. *Señor Agustin Roldan.*

Pueblo y Soldados.

La Scena es en el palacio de Agamenon en Argos.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Egisto y Paleno.

Egisto. De tu solicitud y de tus viages,
digno amigo de Egisto, fiel Paleno,
el éxîto refiere. ¡Quán ansioso
mi pecho le esperaba! ¿De los Griegos
la venida aseguran? ¿A su Argos
verá gozoso Agamenon de nuevo
cercado de trofeos, ó Neptuno
le sepultó en el mar?
Paleno. Desde Sigeo
á las playas de Grecia cuidadoso
el Helesponto recorrí, que abriéron
sus naves otro dia; mas ninguno
pudo satisfacer nuestro deseo.
En los pueblos vecinos aseguran
que estando ya á la vista de sus puertos,
de tempestad horrible combatida
la nave de Argos naufragó: suceso
cuya verdad desmienten otras voces,
que de duda y temor llenan mi pecho.

Argos, Corinto y floreciente Epiro,
el Bósforo y las islas del Egeo,
Tracia y Atenas, cuyos altos muros
baña el undoso mar, adonde el viento
llevó la armada ignoran; y aun es fama
que la profanacion del sacro templo,
mancillado con sangre, venga Palas
en Pergamo ofendida; y que los Griegos
á la cólera entrega de Neptuno.
Cubierto se vé el mar allá á lo léjos
de míseros despojos, y en las aguas
al hijo de Laertes lanza muerto
el rayo abrasador, miéntras errante
Ayax discurre en un pais desierto.
Sin duda Agamenon la suerte misma
habrá ya padecido, y de su cetro,
de su esposa y Micenas libremente
desde aquí en adelante serás dueño.

Egisto. Su muerte ó su venida no me espantan:
soy hijo de Tiestes.

Paleno. Te comprehendo.
Bastante de ese modo has indicado
tu interés en su muerte.

Egisto. Del imperio
el derecho consigo, si no exîste;
pero si á Argos volviere...

Paleno. ¿Quál intento?...
Acaba.
Egisto. Espirará. La muerte sigue
donde quiera sus pasos: ya le espero
armado de venganza.
Paleno. ¿Y tal arrojo
no te hace estremecer?
Egisto. Sí: me estremezco
de este reposo en que mi furia yace:
de los ayes que exâlan lastimeros
de mi padre los manes, y del nombre
con que en estos lugares encubierto
vive Egisto furioso.
Paleno. Y así todos
Príncipe de la Iliria te creyéron,
ilusos hasta ahora, baxo el nombre
supuesto de Plexîpo.
Egisto. Sí, Paleno:
Engañamos la corte de este modo:
¡mas quál irrita al vengativo pecho
esta larga impostura! ¡qué de enojos
sufro en este palacio! Llegó el tiempo
de ser por un delito conocido.
Paleno. Con tu reserva al fin y tu silencio
ninguno te descubre.
Egisto. Clitemnestra

me conoce tan solo.

Paleno. ¿Y el secreto
fias de una muger á la flaqueza?

Egisto. A su amor es debido.

Paleno. A tal extremo
el amor alucina tu prudencia,
que en pais enemigo descubierto...

Egisto. ¿Imaginas acaso, que agitado
en contínuo pesar pueda mi pecho
someterse á las leyes vergonzosas
de una débil pasion?

Paleno. A Grecia veo
tributarte envidiosa los honores
al Monarca debidos, y yo mesmo
contemplaba á tu orgullo por la Reyna
aprisionado ya.

Egisto. De mis deseos,
no alcanzando otro fin, todos opinan
que gozoso en la corte y satisfecho,
me detiene el favor de Clitemnestra;
error que cuidadoso yo mantengo
por evitar sospechas del designio
que alienta mi furor: así el momento
de coronarme llega silencioso,
y un éxîto feliz tendrá mi anhelo.
Tú conoces, amigo, si la Reyna, . .

esclava de sus vicios á mi pecho,
nació digna de unirse: arrebatado
su espíritu feroz en los afectos,
sin freno se dispara: infiel esposa,
madre irritada, y de venganza ardiendo,
ciega amante por fin, la que otro dia
blasonó de pureza en su himenéo,
hoy al crímen ligada se deleyta,
y en breve la verás de Elena á exemplo
hacer alarde de él; y la reserva,
y todos los respetos deponiendo
extender en el mundo sus amores.
Yo entretanto las riendas del imperio
dirijo en lo interior de este palacio,
donde conspira el ódio que alimento.
Aquí censuro á Agamenon ausente,
de Príncipe cruel, que todo el reyno
sacrifica á la ofensa de un hermano:
culpable por su causa represento
á la llorosa Grecia, y de este modo
yo prófugo, infelice, sin imperio,
condenado á la afrenta y desamparo,
del poder en la cumbre ya me veo
reynando con Atridas en Micenas.
La autoridad olvidan indiscretos
los Griegos de su Rey, no contemplando

que pronto ya á venir, qual Jove excelso,
puede mostrarse y castigar.

Paleno. Tú mismo,
¿por qué olvidas tambien incauto y ciego,
que puede este Monarca los amores
de su culpable esposa descubriendo,
dar á Egisto la muerte que su brazo
le tiene preparada? Yo rezelo
que algun adulador manifestando
tu nombre...

Egisto. Nada temas: en el reyno
desconocido soy; y ni aun Estrofo,
mi implacable enemigo, del misterio
las sombras penetró; temo no obstante
su aspecto rezeloso.

Paleno. No comprehendo
por qué causa retarda la partida,
llamándole á Corinto de su imperio
el penoso cuidado: con cautela
debimos advertirle que su aspecto
á Clitemnestra ofende, y que abandona
á Pilades su hijo.

Egisto. Mi deseo
ya alejarle ha intentado; mas en vano:
su respetable edad, el grande peso
que la austera virtud da á sus palabras,

la enseñanza de Orestes y su zelo
le armáron de un poder incontrastable.
Clitemnestra con él tan largo tiempo
unida en amistad, á su presencia
se cubre de rubor y sentimiento,
que en vano disipar he procurado:
el censor inflexîble conociendo
su turbacion culpable, en el retiro
entregase al dolor, huye mi encuentro
cercado de rezelo; y si me habla,
la reprehension é insulto siempre leo
en su odioso semblante.

Paleno. Del Monarca
la venida esperando, sus intentos
ocultará entretanto cauteloso.
Temo...

Egisto. Nada hay que temas: con su muerte
la duda pagará que padecemos.
Si acaso ha penetrado mis designios,
irá á acusarme al tenebroso averno.
Tú verás, ¡ó Tiestes! castigado
en breve á Agamenon, y al mismo acero
Orestes morirá. Sombra querida,
cálmese tu inquietud: calmaos, ruego
furias, que de la cuna proscribisteis
á los nobles Pelópidas... Del cetro

perezca el sucesor, perezca Atrida,
y Electra espire en el paterno pecho!
Toda su sangre acabará á los filos
de este acero fatal, que el impío Atreo
puso en mi diestra juvenil un dia,
quando con exêcrable juramento
que exîgió fraudulosso de mi labio,
me armó contra Tiestes, á mi afecto
desconocido entónces. Por mi dicha
un Dios de parricidio tan horrendo
me libertó benigno... ¿Qué pretendes,
caro padre, de mí? Tu sombra veo
pálida, errante, en la callada noche
seguirme, hablar en desmayado acento..
No atribuyas, amigo, tal imágen
á la falsa ilusion del torpe sueño.
Yo velaba una noche en este sitio,
entregado á mi padre el pensamiento:
la calma silenciosa que reynaba
en aquellos instantes de sosiego
la estancia solitaria circuía
de terror angustioso. Sin objeto
mis ojos discurrian por las sombras,
quando de luto y palidez cubierto,
el cabello erizado, se presenta
ofreciendo á mis ojos de su pecho

la horrible cicatriz: teñido en sangre,
sangre caliente aun. Terrible acero,
en su diestra espantosa centellaba,
y su izquierda una copa muestra luego:
¡espectáculo atroz! Abrió su labio
manchado en sangre, y con ayrado ceño:
"toma este acero, dixo, que á tu brazo
»mi encono reservó: de horror cubierto
»mira la copa; la funesta copa
»en que mi hermano detestable y fiero
»me presentó la sangre de mi hijo:
»vierte en ella la suya, sácia luego
»la inextinguible sed que me devora."
Dixo, y con prontitud retrocediendo
el Tártaro mostróme, cuya senda
siguió con rapidez. Aquel acento
penetrando las sombras de la noche,
aquella herida, el horroroso gesto,
su palidez y la sangrienta copa,
su á dios aterrador... me extremeciéron,
turbáron mi razon. Imaginéme
que siguiendo las huellas del espectro,
á la mansion baxaba de la muerte
innumerable lago, donde el eco
resuena de las sombras pavoroso.
Allí por las deidades del averno

jurando y por los monstruos espantosos
de la negra laguna, ví al reflexo
de pálidas antorchas á las furias
sus sierpes irritar: mi juramento
recibió Tisifone con Tiestes:
despues tendióme el reluciente acero,
y al tomarle en mi mano, de repente
lanzando horribles gritos y lamentos,
desapareció la sombra. Yo turbado
me preparaba á huir, quando de nuevo
á mi espíritu débil se presenta
un lisongero error. De gloria lleno
me ví subiendo de mi padre al trono,
en tanto que á mi nombre todo un pueblo
quemaba incienso á los eternos dioses.
Yo ví toda la Grecia en un momento
sometida á mi yugo: ví á la Reyna,
guiándome á las aras de himenéo,
y á todos mis contrarios consternados
detestando su injusto menosprecio.
¿Tal imágen, Paleno, qué me anuncia?

Paleno. Ofendido tal vez, porque el momento
de su ansiada venganza no ha llegado,
Tiestes se mostró con el acero
para excitar tu cólera.

Egisto. No hay duda.

Paleno. Estrofo aquí se acerca.
Egisto. Mi secreto,
requiere tu prudencia.

SCENA II.

Dichos, y Estrofo.

Egisto. ¿Quién de Estrofo
los pasos acelera? ¿Quál contento
ácia aqueste lugar?...
Estrofo. Oid la causa:
la nave, al parecer, se ha descubierto
de los Griegos ahora: yo corria
á dar la nueva á Clitemnestra...
Egisto. ¡Cielos! *Aparte.*
¿Qué dices?
Estrofo. Que á tu corte el Rey se acerca,
y le veréis en breve corrigiendo
de su ausencia los males numerosos.
Sí, Plexîpo, á su vista mirarémos
triunfante la virtud, que intimidada
enmudeció hasta ahora: los perversos
en Argos temblarán.
A Paleno.
Egisto. Vamos al punto
á informarnos, amigo.

SCENA III.

Estrofo, y despues Clitemnestra.

Estrofo. Plegue al cielo
que al palacio no vuelvas. En la estancia
de la Reyna entraré; mas ya la veo
á este sitio llegar.
Clitemn. Hablarte anhela,
y desahogarse en tu sensible pecho
mi inquieto corazon. ¡Quál me complace
ver cómo se adelanta á mis deseos
tu constante amistad!
Estrofo. Vine, señora,
á anunciaros, que vuelve á nuestro seno
Agamenon glorioso.
Clitemn. ¿Pues aviso
de haber cruzado el mar vino de Delos,
cuyo oráculo Electra ha consultado?
Estrofo. Otras nuevas seguras ya tenemos.
Clitemn. ¿Y á quál darémos crédito nosotros,
que fuimos engañados tanto tiempo?
No es posible, su armada...
Estrofo. Ya se acerca.
El Griego observador, que vé el inmenso
orizonte del mar en su atalaya,

afirma que se viéron á lo léjos
sus velas blanquear; mas de improviso
bramando el aquilon, se revolviéron
las ondas irritadas, y la nave
de Atridas ocultáron en su centro.
Tal vez naufragará: vamos, ¡ó Reyna!
á implorar las deidades, y ofreciendo
en sus aras el justo sacrificio...

Clitemn. ¿Y á qué deidad, Estrofo, implorar puedo?

Estrofo. ¿Qué pronunció tu labio? ¿Acaso temes
dirigirles tus súplicas?

Clitemn. A precio
de tu inocente sangre, amada hija,
nuestros mares en Aulide se abriéron
á la armada homicida: ¿por desgracia
con tu muerte la calma de los vientos
hoy deberé comprar, hijo querido?

Estrofo. Depon, ¡ó Clitemnestra! ese recuerdo.

Clitemn. Me enseñó la desgracia á que temiese
la pérdida de Orestes.

Estrofo. ¿Y su afecto
podrá haber apagado la ternura
consagrada á un esposo? El grave riesgo
que á Atridas, y al exército amenaza,
debes ahora llorar.

Clitemn. ¿Acaso un tiempo

el bárbaro lloró, quando una hija
arrancó á la ternura de mi pecho?
El aparato fúnebre, la banda,
las aras, el cuchillo, aquel funesto
Calcas bañado en sangre de Ifigenia,
ella exhalando el postrimer aliento
por su padre rogar, y éste inflexîble
sordo al comun dolor, tales objetos
solo ocupan mi espíritu. Vosotros,
¡ó Dioses! conoceis con quál extremo
mi corazon le amaba, ántes que al nombre
de padre renunciase: al himenéo
sumisa, y siempre fiel, jamas osára
sus límites hollar; pero sangriento
inmolando á Ifigenia ante su madre
pálida, moribunda, en triste ruego
á sus pies abrazada rompió el nudo
que unía nuestras almas, y el derecho
perdió á mi tierno amor.

Estrofo. Los altos Dioses,
esta preciosa víctima pidiéron.

Clitemn. No fuéron, no, los Dioses: el orgullo
ha sido autor de crímen tan horrendo.

Estrofo. Mírale entrar glorioso en sus hogares.

Clitemn. Ya su laurel ensangrentado veo.

Estrofo. Y yo de los consejos que recibes,

el efecto infelice.

Clitemn. ¿Qué consejos?...
Sella el labio... cruel...

Estrofo. Perdona, ¡ó Reyna!
Sí, perdona á un anciano que sincero
á tus plantas se arroja: soy amigo
del noble Agamenon: te compadezco,
y no temo el peligro que á mi arrojo
puede en tu corte amenazar: contento
moriré por tu bien, y de mis años
así el penoso insoportable peso
depondré de una vez.

Clitemn. ¿Pensaste acaso?...
¡Ay, Estrofo! Disipa en el momento
esta duda cruel.

Estrofo. Solo á Plexîpo
hoy acusa mi voz.

Clitemn. ¡Plexîpo, cielos!

Estrofo. Sí: contra él dirijo mi sospechas,
y no en ofensa tuya.

Clitemn. ¿Descubiertos
por quién pudimos ser?

Estrofo. Por tu semblante,
que de rubor se cubre á mis acentos.
Permíteme decir sin ofenderte,
que indica tal pudor. Habla á tu pecho

y á tu gloria, á tí misma te reclama
de los Dioses la voz, de aquellos mesmos
que nunca han perdonado los delitos
de los que se enlazáron en sus templos.
Ellos solos formáron la cadena
del himenéo santo: á su desprecio
sigue el asesinato, la discordia,
el atormentador remordimiento,
y el ódio inexôrable de los hijos,
presente criminal del adulterio.
¡Recuerda el fin de Erope, que inmolada
fué de su esposo á los crueles zelos:
exemplo aterrador! Recuerda á Elena,
nombre qué con rubor pronuncia el Griego,
condenada á la fama de su culpa,
que combates tan largos y sangrientos
eternizáron ya: muéstrate siempre,
Clitemnestra, la misma. ¿El fiel sendero
que siguió tu virtud, podrás ahora
ilusa abandonar? Tu menosprecio
sienta el impuro amor; y el casto orgullo,
hijo de la inocencia, que á su sexô
el imperio reserva de las almas,
vuelva á tu corazon.

Clitemn. ¿Y ese recuerdo
de su primera gloria, Clitemnestra

necesitaba acaso? La que el cielo
unió con el Monarca de la Grecia,
hija de un semi-dios, de sus abuelos,
¿puede el orgullo abandonar? Estrofo,
no soy indiferente á aquel respeto
debido á mi poder, el que ordenaba
tal vez á tus palabras el silencio.
Te atreviste á acusarme; nada importa:
la noble libertad de tus consejos
tolera mi grandeza, y aun se digna
responder á los cargos que me has hecho.
Ese Príncipe ilustre, perseguido
por el cielo y los hombres, á quien ciegos
infamais con sospechas tan injustas,
solicitó mi amparo y valimiento.
Yo le acogí benigna: sus virtudes
honré con mi favor, y sus derechos
que al número superan de los males,
luego me reveló. Tambien es cierto
que sus proezas y el valor heroyco
que firme combatió con el adverso
rigor de su destino conjurado,
mas que á piedad mi corazon moviéron.
Yo misma, yo me admiro, al ver que pude
prendarme de un mortal; pero me lleno
de gloria contemplando que mi amparo

ha podido escudarle contra el ceño
de la suerte, del cielo y de los hombres.
El compasivo, y como yo sintiendo
la muerte de Ifigenia, y las desgracias
de mi triste familia, siempre tierno
mis lágrimas enxuga, me consuela,
ó me acompaña en el dolor: mi afecto
como un feo delito se censura,
y acaso es muy legítimo. Corriéron
diez meses ya desde que Troya ardiente
vió sus torres caer; y en este tiempo,
ni de la armada, ni del Rey pudimos
nueva alguna adquirir: burlada creo
nuestra esperanza ya: si acaso cierta
fuere su muerte infausta, de mi pecho
árbitra entónces, mirará la Grecia
con otros ojos mi ternura, siendo
la que ahora criminal, luego inocente.
Faltando Agamenon, verás el cetro
de Plexîpo en la mano, que á la mia
enlazaré gozosa, y en el templo
consagrada la union de nuestras almas,
se afirmará con vínculos eternos.

Estrofo. ¡Dioses! ¿Y piensas entregar tus hijos
de Plexîpo al poder?

Clitemn. Darles deseo

un padre.

Estrofo. Un opresor que no conoces.

Clitemn. ¡Tal héroe!...

Estrofo. Es un proscrito.

Clitemn. Yo te advierto,
que ese proscrito desdichado, iguala
á mi sangre... tal vez.

Estrofo. ¿Qué has dicho?

Turbada.

Clitemn. ¡Cielos!
El amor me extravía: yo lo ignoro.
Ciega en creer á Agamenon ya muerto,
á tu pesar, de mi culpable enlace
no esperes que abandone el pensamiento:
sígueme á la ribera, y de las naves
la venida, ó la pérdida sabrémos.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Clitemnestra, Egisto, y Paleno.

Clitemn. Ansiosa os esperaba, para hablaros;
tal vez pocos instantes ya nos quedan:
aplacada la furia de los vientos,
dexa llegar la armada á la ribera.
Arcas, que á Agamenon se ha adelantado,
en la vecina estancia hablarme espera.

A Paleno.

Egisto. Mándale entrar.
Clitemn. Unidos este dia
con iguales peligros, tu presencia
necesito y consejo.
Egisto. Sella el labio.

SCENA II.

Clitemnestra, Egisto, Arcas y dos Soldados.

Arcas. Colmado de placer vengo, Princesa,
de mi Rey á anunciaros la venida.
Digno de su fortuna y su grandeza,
de Troya vencedor y de Neptuno,

Argos le verá pronto qual desea
en el palacio entrar de sus abuelos,
coronada de lauro su cabeza.
La nave llega al puerto: yo gozoso
me anticipé á traer la fausta nueva,
y á expresaros en nombre del Monarca,
los deseos y amor que su terneza
confirmará despues.
Clitemn. Tanto cuidado
agradece sensible Clitemnestra.
Arcas. Vuestro placer en recompensa basta.
Clitemn. Ya anunciáron su triunfo en las riberas
mil fuegos, mensageros de su gloria;
¿mas qué enemigo obstáculo su vuelta
pudo así retardar despues que Troya
vió la postrera luz?
Arcas. Fué justa pena
de las Frigias deidades ofendidas.
No contento el soldado en ver la tierra
teñida en sangre, y los Troyanos muros
sembrados de cadáveres; de guerra,
de fuego y confusion encarnizado,
los templos santos profanó su diestra
con horrible saquéo, y las deidades
vengáron tal furor.
Clitemn. ¿Y qué es de Elena?

Argos. A su primer esposo fué entregada,
quien indulgente y débil otra pena
que su remordimiento no la impuso.
Múrmurasé en secreto la indulgencia
de Menelao en tan horrible crímen,
y se lloran los héroes que á la Grecia
ha costado la afrenta irreparable
de su adúltera fuga.
Clitemn. Considera
que estás, Arcas, hablando con su hermana.
Arcas. Olvidarlo debí. ¿Quándo las huellas
del infame raptor pudiera ilusa
Clitemnestra seguir? Sus altas prendas
son el honor de Grecia y el exemplo.
Veo su corazon qual se deleyta
contemplando de Páris el castigo,
de Menelao vengamos las ofensas
de Priamo en la sangre, cuya hija
Agamenon conduce prisionera.
Clitemn. ¿Y quién es la infeliz que ató á su carro?
Arcas. Una Princesa ilustre, aun no sujeta
al yugo de himenéo: si escuchamos
la voz universal, un tiempo fuera
que sus ojos leían lo futuro
por Apolo instruída en esta ciencia:
mas privándola el Dios de don tan alto,

la luz de su razon faltó con ella.
Aun frenética á veces imagina
que el fatídico espíritu la alienta;
¡incurable demencia, triste efecto
de los horribles males que la cercan!

Egisto. ¿Y la jóven Casandra, entrará en Argos?

Arcas. Viene con el Monarca, la tristeza
pintada en su semblante: los sollozos
que exhala de contínuo lastimera,
su silencio entre el ruido de las armas
su desgracia, su llanto y su nobleza,
y los ojos de espanto hora cubiertos,
hora de languidez, enternecieran
del Griego mas feroz el duro pecho:
todos la compadecen, y consuelan
en su llorosa esclavitud.

Clitemn. Ya basta:
quando con el exército aquí venga
Atridas, avisadme: parte luego.

SCENA III.

Egisto y Clitemnestra.

Egisto. Y por fin, ¿qué resuelve Clitemnestra
á vista del peligro?

Clitemn. Amado Egisto,

esclava del temor vuelvo en la idea
mil diversos proyectos, que turbado
ya impide el corazon, ya los fomenta,
y mi incierto querer así confunde.
¿Y quál partido, dime, en tan funesta
lucha podré tomar? Vuelve el tirano
del duro corazon que le detesta;
pero el remordimiento, los derechos
de un esposo ultrajado me recuerda:
¿Egisto, lo creerás? Este Monarca
ambicioso y cruel, cuya dureza
nunca ví satisfecha de mi llanto,
cuyos horribles crímenes conserva
mi afligida memoria; al que aborrezco,
y temo y ofendí, se me presenta
como un Dios vengador, que en ceño airado
á sorprehendernos viene, y con su diestra
la culpa á castigar. Ya los agravios
que otro tiempo sufrí, ni las ofensas
que tú supiste engrandecer, no bastan
á excusar el perjurio que quisiera
para siempre olvidar. En todas partes
oigo una voz, que dice: tiembla, tiembla,
y mira los delitos con su gloria
obscurecidos ya: desaparezca
una débil pasion, y un ódio ciego:

el título de madre y el de reyna
de Júpiter al hijo te subyugan;
y á sus triunfantes brazos la primera
debes volar.

Egisto. ¿Qué dudas aterrada?
Del destino sigamos la violencia.
¿Mas por qué en todo tiempo me ocultaste
ese grande respeto que ahora muestras?
¿Hubiérase mi pecho unido al tuyo,
si el enojo de entrambos no se uniera?
Devuélvele tu fé: vuelve el cariño
que ofreciste en las aras indiscreta;
que mi pecho tambien, con sacros nudos
empeñado en venganza sempiterna,
cumplirá su deber. Este momento
nuestro error, separándonos, aleja.
Obra siguiendo á amor; yo á la venganza:
á sus plantas se doble tu cabeza.
mi orgullo no lo sufre: con la espada
á conocerme va: y ¡oh! si pudiera
á tu sombra, Tiestes, irritada
la del Rey enviar toda sangrienta.

Clitemn. ¿A qué extremo el furor te ha conducido?
Mi turbacion perdona, y mi demencia:
¿deberé yo ocultarte los martirios
de mi oprimido corazon? No quieras

aumentar el espanto que me agita:
teme al Monarca: evita su presencia,
y la mia tambien: esto conviene,
te lo manda el honor. Prudente ceda.

Egisto. Siempre en la tierra
prófugo andar y errante fué el destino
de un hijo de Tiestes. Con afrenta
mísero envilecido, obscuro hijo
de incestuoso amor, ni la grandeza,
ni el poder, ni los bienes goza Egisto,
en tanto que cargado de riquezas
de la triste Ilion vuelve glorioso
el enemigo de mi sangre. ¿Intentas
que oculto y despreciado viva en Argos?
¿amas, y tal infamia me deseas?
Y si acaso me vé, ¿nuestros amores
esperas ocultarle? La reserva
el razonar oculto, nuestro llanto
los ojos, todo al fin, la inteligencia
dirá de nuestras almas. Y, ¡felices!
¡si el riesgo de mi muerte único fuera!
Pero será forzoso el escucharle,
tu perjurio acusar de su soberbia
tolerar las injurias, y muriendo
víctimas del amor que nos alienta,
ser míseros objetos del desprecio

de una insolente corte: la sospecha
no dexemos velar.

Clitemn. ¿Piensas que osado
alguno llegue á hablarle?

Egisto. Sí: rezela
mi corazon, que Estrofo, ese enemigo...

Clitemn. ¿Mi delator Estrofo? ¿La baxeza
de infame acusador cabrá en su pecho?
¿Y por qué has de temerle? Si pudiera
tu nacimiento descubrir, yo misma
temería tal vez; mas no hay en Grecia
quien sepa arcano tal: debes, Egisto,
esperar el momento en que yo pueda
al Rey manifestarte: reflexîona
que pudieran del pueblo algunas quejas
suscitarse á tu vista, con las quales
se comprobára mi delito. Ceda
tu pecho alguna vez á mis deseos;
si peligras te ofrezco mi defensa,
ó contigo morir; mas no me agravie
de nuevo tu repulsa y tu dureza:
ceda, Egisto, á mi amor.

Egisto. Cedo, y lo juro.

SCENA IV.

Dichos y Estrofo.

Estrofo. Perdona, si te ofende mi presencia.
¿Quién aquí te detiene, quando todos
en confuso tropel al Rey esperan?
¿Y quando ya los gritos de alegría
en la celeste bóbeda resuenan,
anunciando que llega á estos lugares,
su esposa en nuestros muros sola queda?
Ya hubiera yo guiado al tierno Orestes
á recibir al Rey, sino temiera
con mi anticipacion sola dexarte:
y porque á tí es debido, ilustre Reyna,
conducir á tu hijo, que esperando
está para marchar.

Clitemn. ¡Hora tremenda!
¡Imprevisto combate, y de diez años
loca seguridad! En mi vergüenza
el suplicio verá... ¿Pero qué importa?
yo detesto las almas fraudulentas,
que puden ocultar en el semblante
su martirio secreto: que me vea,
y se vengue al momento. Mas tú, Egisto,

A él en voz baxa.

no te olvides jamas de tu promesa.
Egisto. No tardeis mas, señora.
Estrofo. ¿Y qué? ¿Plexîpo
osará acompañarte?
Egisto. Sus ideas,
Plexîpo, en todo seguirá.

SCEÑA V.

Estrofo solo.

Estrofo. Malvado,
al polvo tornarán con tu soberbia.
Terrible Agamenon y victorioso
abatirá tu injusta prepotencia,
y solo gobernando, de tu yugo
libertará al imperio y á la Reyna.
¿Mas qué estrépito suena en mis oídos?
Atridas con el pueblo aquí se acerca.

SCENA VI.

Agamenon, Clitemnestra, Orestes, Casandra, Estrofo, pueblo y soldados con trofeos: Casandra se quedará en un lado de la scena con abatimiento.

Marcha magestuosa.

Agam. Salud, amada patria, muros de Argos;
y vosotros salud palacio, tierra,
que á los nobles Pelópidas criaste.
Las lágrimas que vierte mi terneza,
tributos del respeto y la alegría,
recibid mis amigos, caras prendas:
y tú, lugar augusto, al fin permite
el poderoso Júpiter, que os vea.
Y pues que el Dios mi vida defendiendo
los diez años pagó de nuestra ausencia
con infinitos triunfos, tributémos
un solemne homenage á su grandeza.
La sangre de los toros inmolados
corra en el sacro templo á la presencia
de mis vasallos todos: con su canto
consagre el Sacerdote las ofrendas
en las augustas aras, adornadas

de guirnaldas y frutos: y su diestra
en los trípodes queme el puro incienso,
que nuestra gratitud y reverencia
lleve á los inmortales, cuya imágen
honren esos trofeos de la guerra.

Estrofo. Si de un Príncipe fiel y respetuoso,
un vencedor ilustre se recuerda...

Agam. ¡Estrofo venerable! tú que á Orestes
enseñas la virtud, á mí te llega:
ven á mi corazon agradecido
á tu constante zelo. ¡Quál deleyta
despues de los horrores del combate,
en vuestro seno, y en la patria tierna
tranquilo respirar!

Orest. Amado padre.

Agam. ¡Hijo querido, y mi esperanza!... Electra,
¿cómo no viene á mis amantes brazos?

Clitemn. Víctima de las ondas te contempla,
y á consultar está sobre tu suerte
el oráculo Délfico.

Agam. Su tierna
piedad el Dios benigno tranquilice...

A Clitemnestra.

¿Pero de dónde nace la tristeza,
que veo en tu semblante? ¿A mi cariño
turbada correspondes?

Clitemn. Con las nuevas
de tu muerte, mil veces desmentida,
y mil asegurada, tantas penas
el alma padeció, que la alegría
vuelve con lentitud á poseerla.
Orest. Sí, amado padre: el tímido deseo
siguió vuestros peligros donde quiera.
Yo, que á vuestra partida infante débil
quedé en este palacio, ansié de veras
conocer á mi padre victorioso.
Ufano con la gloria y las proezas
de vuestro invicto brazo, de contínuo
mandaba repetirlas; y mi lengua
los memorables nombres repasaba
de Aquiles, sin igual, en la braveza
de Ulises, Menelao, y el sábio Nestor,
consumado en el arte de la guerra,
modelos que estudiaba á todas horas.
Ya contaba los dias de la ausencia,
y los héroes muriendo á vuestras manos.
Ya tímido trazaba las riberas
del Simois y del Xanto, y las murallas
de Troya y nuestro campo. Ya en la idea
os miraba correr tras la victoria
hollando mil peligros, y mi diestra
requería las armas: otras veces

herido os contemplaba, y á la tierra
mis lágrimas corrian.

Agam. ¡Tierno gozo
para un padre de amor!

Orest. Besarme dexa
la diestra vencedora.

Agam. ¡Amor piadoso!

Orest. ¿Es aquesta la espada que tiñerais
en la enemiga sangre? Permitidme
tocarla, y del respeto que me alienta
dar así un testimonio.

Agam. Amado hijo,
á tu valor mi espada se reserva.

Orest. ¡Qué honor los tiernos años me robáron!
¡quántas victorias conseguido hubiera,
polvoroso y sangriento á vuestro lado!
La suerte de los dos fuera una mesma,
y tal vez como Aquiles, yo arrastrára
al feroz Hector.

Casand. ¡O martirio!

Agam. Cesa,
que allí su triste hermana nos escucha:
no añadamos, Orestes, á sus penas
nuestro gozo importuno: de los Dioses
á exemplo respetemos la miseria.
¡Desdichada Casandra! sin rezelo

acércate á nosotros, nada temas:
¿habrá quien tu desgracia, tu familia,
y la edad juvenil no compadezca?

Clitemn. De Priamo la hija en este suelo
no sufrirá la bárbara soberbia
de un señor imperioso: sus derechos
venero qual sagrados: y en la Grecia
todos veneran... ¡pero qué aspecto!

Casandra retrocede con espanto.

¿Desconfias de mí? ¿por qué me muestras
ese horrible mirar? Depon el ódio,
y háblame sin terror... tu resistencia
es excesiva ya.

Casand. Mis tristes ojos
ofende esta muger: el pecho tiembla. *Ap.*

Agam. ¿De qué puede nacer el imprevisto
horror, que te ha inspirado Clitemnestra?

Casand. Piso la tierra, al fin, donde la muerte
me esperaba cruel.

Agam. Segura quedas
de todos los peligros.

Casand. No creiste
la deidad que me inspira... A la certeza
del oráculo fiel, que por mí dicta
vuestra incredulidad está ya anexa.
Apolo me negó su patrocinio

desde que fuí rebelde á su influencia,
y me envió los males que padezco:
ví degollada mi familia entera...
¡yo mísera! ¿qué soy? Errante sombra
al averno llamada. Ya se acerca
el momento fatal... A Dios por siempre,
ondas del sacro Simois. Placentera
ya nunca me veréis, como solía
en tiempo venturoso, de azucenas
cubrir en vuestras playas los altares
que esperaban las víctimas y ofrendas.
Al espantoso ruido de Aqueronte
se mezclarán mis voces lastimeras,
allá en el reyno obscuro de la muerte
donde voy á baxar.

Agam. ¿Por qué te entregas,
Casandra, á ese furor desesperado,
libre de los trabajos que acarrea
la dura esclavitud? ¿Quién amenaza
tu vida, ó tu reposo?

Casand. Tales eran
las voces de los Frigios, quando en vano
el fin les anuncié de su grandeza
la ruina de sus muros; y con todo
dexáron de exîstir.

Agam. Calma tu pena,

con la qual nos injurias.

Casand. Sí: Casandra,
mira á Troya en cenizas, y sobre ellas
cante alegre tu voz: camina al templo:
la ruina de tu patria allí celebra,
y el duro cautiverio de sus hijos.
Aun os veo... ¡insensatos! Ya los cerca
la desgraciada noche en que la muerte
del sueño les sacó. La mole inmensa
de aquel monstruo fatal obra de Palas,
cuyo seno falaz la muerte encierra,
vosotros arrastrais. Yo sola, ¡ay triste!
desvelada, solícita, y cubierta
de angustia y de terror, vaticinando
el venidero mal que me atormenta,
corro, vuelo exclamando: ¡desdichados!
¿qué dias elegís para las fiestas?
¿qué fúnebres antorchas os alumbran?
¡de flores coronais vuestras cabezas!
Ya preparan el lazo: ved teñidas
en sangre nuestras playas: ved la hoguera
iluminando el mar, la noche, el puerto...
Inútiles palabras, que desprecian
con ciega confianza: semejante
es al suyo tu error... hoy á mis penas
el cielo pone fin, pues he pisado

la tierra en que la muerte ya me espera.

Agam. Fuera de acuerdo está: Troya incendiada
á sus ojos al vivo se presenta,
y turba su razon, y la extravía.
Dexémosla, que el tiempo la aspereza
calmará de su mal; y preparémos
quanto á la sacra pompa se requiera.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Clitemnestra sola.

Clitemn. ¿A dónde en mi inquietud llevo la planta?
¡Cruel incertidumbre en que vacila
avasallado del terror mi pecho!
¡En quán largo suplicio está mi vida!
Entraré á ver al Rey... ¿Podrás, malvada?
¿Los gritos del pudor no te intimidan
por tí tan torpemente mancillado?
¿ó descubrir intentas tu perfidia
en tu rubor? Si te oye bondadoso,
¿no habrá de avergonzarte su acogida?
Del fingido Plexîpo en vano intentas
siempre el nombre ocultarle y la venida.

¡Y qué! ¿Fingir por siempre será fuerza
añadiendo al delito la mentira?

SCENA II.

Clitemnestra y Estrofo.

Clitemn. Con tu sabio consejo, Estrofo amado,
vuelve á mi corazon la calma antigua;
compadece mi mal; se ha retirado
á mi mandato el Príncipe de Iliria:
¿peligrará si á presentarse vuelve?
¿Al fin podrá, Plexîpo?...
Estrofo. No prosigas:
Plexîpo está en prision.
Clitemn. ¡Dios de venganza!
¡Tú me has vendido, Estrofo!
Estrofo. ¿Yo sería
capaz de tal infamia, Clitemnestra?
¿Amado de tu esposo, y de tí misma
la discordia fatal en vuestros pechos
pudiera introducir?
Clitemn. ¿Pues qué alma impía
en Plexîpo exercita su venganza?
Estrofo. ¿Soy el único yo que de su vista
en la corte se ofende?

Clitemn. Y dime, ¿acaso
peligrará su libertad y vida?
Estrofo. Solo sé que el Monarca por sí mismo
le quiere exâminar en este dia.
Clitemn. Si de ese desgraciado y sin defensa
no concede á mis lágrimas la vida;
si señala con sangre su llegada,
moriré: ¿mas qué vale en tal desdicha
mi desesperacion? Amor ha sido
quien esta tempestad embravecida
levantó contra él; quien le ha forzado
á alejarse de mí; y fuera injusticia
por un infiel temor abandonarle
en el duro suplicio que á sus dias
amenaza tal vez. Quando la senda
de la virtud dexé, de mi familia
y mi gloria en desprecio; quando pude
posponer al amor que me domina
la fama universal de mi entereza;
me entregó mi pasion á las desdichas,
y acaso á los delitos: tema, tema
este violento ardor en que respira
de Clitemnestra el corazon; respete
la desgracia que á un héroe tiraniza.
Monarca inexôrable, si no cede
á mis ruegos tu cólera, yo misma

su muerte he de vengar, aunque la diestra
vuelva contra mi seno, ya teñida
en tu enemiga sangre.

Estrofo. ¿Dónde, ó Reyna,
te conduce el furor? Vence, domina
tu desesperacion con la prudencia,
y en inciertos peligros no te finjas
un positivo mal. De ese Plexîpo,
por quien alucinada sacrificas
tu fama, tu deber y tu grandeza,
la muerte de este modo precipitas
en lugar de salvarle. Nada temas:
si alguna queja contra tí suscitan,
pronto hallarás mi voz en tu defensa;
y aun mi fiel amistad arriesgaría
estos caducos años, no bastando
del discurso la fuerza. Tú verias
sino templára al Rey, á su venganza
mi cabeza ofrecer encanecida.
Mas debo sin rebozo confesarte,
que así como á servirte se dedica
mi zelosa amistad; del mismo modo
atento observador de la malicia
el velo correré con que Plexîpo
las tramas engañosas que medita
ha sabido ocultar; ni porque sean

las traiciones de un pérfido temidas,
tú serás al Monarca sospechosa:
él solo es acusado con justicia
de público atentado, por las voces
con que calumniador desacredita
los gloriosos combates de la Grecia;
por los muchos saquaces que concilia
su generosidad; por las facciones
en que el Monarca y su Nacion peligran;
por el crédito, en fin, que ya ha logrado
debido á tu flaqueza y su perfidia.
Mas yo le haré morir unido á todos,
si armarse contra un héroe determina.
En breve ya la duda aclararémos,
pues el Rey ha mandado que á su vista
le conduzcan aquí donde le espero.

Clitemn. ¿Y este exámen fatal oiré yo misma?
Podré de la venganza armado el pecho
ir á mostrar mi oprobio, ó mi osadía,
y en silencio, ó hablando sonrojarme,
sin osar de la tierra confundida
los ojos levantar, y sin que tema
que descargue la bárbara cuchilla
para teñir en sangre estos lugares
un esposo irritado, cuya ira
extremece mi pecho... Mas él viene:

huiré: tú me dirás qué determina,
si acaso descubriese mis amores.

SCENA III.

Agamenon y Estrofo.

Agam. El sagrado deber que me impedia
mi gratitud mostrarte y mi terneza,
acabo de cumplir: al fin respira
libre mi corazon solo contigo,
y el afecto sincero que le aníma
manifestarte puede, en recompensa
del zelo infatigable con que inspiras
á Orestes la virtud. Y pues tú mismo
penetrar has podido las intrigas
de la corte engañosa, libremente
infórmame de todas, y noticia
dame de los desórdenes secretos
que ignoro yo tal vez: nada me finjas:
¿quién es ese extrangero, que del pueblo
el ódio inexôrable se concilia,
creyendo su morada peligrosa?
Estrofo. Un Monarca infeliz, segun afirma,
por Neptuno arrojado á nuestras playas,
á quien tu corte recibió benigna.

Agam. ¿Y por qué ya contraria lo aborrece?
Estrofo. Ignoro qué delitos lo motivan.
Mas luego que á tu vista comparezca
lo sabrás fácilmente, si exâminan
tus ojos los dobleces de su pecho.
Agam. ¿Y qué puede temer de su perfidia
Agamenon triunfante, á quien la Grecia
ha visto vencedor de Troya altiva,
y del furor indómito de Aquiles?
Xefe entre quantos Reyes hoy dominan,
y pastor de sus pueblos numerosos,
el mas feliz, Estrofo, yo sería,
si no fuese mi pecho atormentado
al ver de Clitemnestra la acogida.
De su amor la tibieza en el momento
la turbacion extraña que la agita
á conocer me dió; pero de un hijo
el aspecto anhelado y las caricias
mi corazon calmáron por entónces,
que ahora mas y mas teme y vacila,
al mirar su semblante, su silencio,
y aquel funesto horror que la domina
estando en mi presencia; ya confusa,
cubierta de fatal melancolía
á hablarme no se atreve: ya descubren
la pena que su pecho martiriza,

y el afecto forzado que me finge,
sus frívolos discursos: ¿y por dicha
no advertiste tú mismo su zozobra
quando Orestes los brazos la pedia?
La ternura de madre y la de esposa
¿acaso demostró con sus caricias?

Estrofo. ¿Y puede fomentar tales sospechas
un noble corazon, á quien sublima
la gloria hasta el asiento de los Dioses?
Si agena de la pública alegría
no se goza la Reyna en tu llegada,
la pérdida lo causa de una hija,
cuya triste momoria no han borrado
diez años de pesares todavía.
Aun llora el sacrificio de Ifigenia.

Agam. ¿No temes recordar en este dia
tal nombre á Agamenon?

Estrofo. A pesar mio,
señor, le pronuncié.

Agam. ¿Tú resucitas
mi patenal dolor? La vez primera
es ésta, que un mortal se determina
á Ifigenia nombrar desde el aciago
y lastimero instante en que la Aulida
vió su sangre correr; pero á mis ojos
de contínuo tambien llega ofendida,

y me atormenta su horrorosa imágen.
Yo detesté el decreto que ofrecia
mi sangre en sacrificio: ¿pero acaso
le dictó la ambicion ó la codicia,
ó el temor de un exército enemigo,
á quien invictos héroes acaudillan
armados de furor? Vosotras solas,
Deidades inmortales, la cuchilla
del venerable Calcas levantásteis,
forzando mi piedad, que resistia
vuestro decrecto obedecer; y ahora
renace este recuerdo en mi desdicha,
despues que aborrecer me hizo la gloria
en los sangrientos campos de la Frigia.
Testigos de mis lágrimas, la noche
mi dolor en las playas recibia,
sin que el sueño apacible le calmase;
hasta que de la aurora á la venida
empezando de nuevo los combates,
se apartaba su imágen de mi vista.
Pero ya terminada la pelea
otra vez á mis ojos se ofrecia,
y su espantosa muerte retratando,
á llorar me obligaba las conquistas
que tanto me costaban.

Estrofo. Con tu exemplo

aprende, Agamenon, desde este dia
á juzgar á la Reyna mas piadoso.
Pero aquí ya Plexîpo se encamina.

SCENA IV.

Dichos, Egisto y Guardias.

Sentado.

Agam. Llega, y ese cuidado misterioso
con que de mí te ocultas me descifra.
¿De qué pueden nacer tantas sospechas,
infundadas tal vez, que se publican,
y me han hecho tan pronto conocerte?
Declárame tu suerte y tus desdichas,
Plexîpo, sin temor: ¿tu estado?
Egisto. El tuyo.
Es mi patria la Grecia: de la Iliria,
y del trono me arrojan mis hermanos.
Proscrito por sus artes y su envidia,
ludibrio de la suerte y de las ondas
me acogió Clitemnestra compasiva.
Todo lo sabes ya.
Agam. Pero debiste
ofrecerte á mis ojos.
Egisto. Yo creía

ofender tu grandeza pareciendo
sin un prévio decreto, que á tu vista
me mandase venir: ni imaginaba
que este exámen qual reo sufriría
por una duda solo.

Agam. Necesário
es del sumo poder á la justicia,
ó Príncipe, el rigor; pero si cierta
fuere tu confesion, mis naves mismas,
mis armas y soldados, al momento
te volverán á tu grandeza antigua,
enseñando á tus pueblos de este modo,
que vengador del crímen y perfidia
Agamenon vivió, para defensa
de la razon hollada y perseguida.
Pero tiembla, y conoce tu peligro
si inspiró tu discurso la mentira.
Un mortal, cuyo labio es engañoso;
mas que el profundo averno me horroriza.
Destruye, pues, la criminal sospecha.

Egisto. ¿Yo responder á voces tan indignas
de tu crédito? Ha viles cortesanos,
¿á quién han inspirado tal envidia
los honores que debo á Clitemnestra?

Estrofo. Debe ser una duda combatida
si es fundada, Plexîpo; y el desprecio

solo está bien á la virtud tranquila.
Si acreditar la tuya deseabas,
no debiste esperar á que de Atridas
la solícita guardia te buscase
en lugares ocultos, ni debias
con pálido semblante recibirlos;
sino aquí presentarte, y las malignas
calumnias disipar; y asegurando
tu inocencia y respeto, á la hora misma
entregarnos tus armas.
Egisto. Si ellas bastan
á calmar el temor que te domina,
toma. *Entregando la espada.*

Levantándose.

Agam. ¿Qué acero es este?
Estrofo. ¡Cómo!
Egisto. ¡Dioses!
Agam. ¡Qué! ¿te has extremecido? Yo ví un dia,
ví de Atréo en las manos esa espada,
que á Egisto le entregó su ardiente ira,
para inmolar al pérfido Tiestes;
y así lo prometió su lengua misma.
Este es Egisto.
Egisto. ¿Quién?
Agam. Tú mismo.

Estrofo. ¡Dioses!
¡Egisto!
Egisto. Sí, yo soy; hiere, y tus iras
acaben de una vez; que ya cansado
mantener la impostura no podia.
Hijo de horrendo crímen exêcrable
al universo todo con la vida
el oprobio y el mal voy arrastrando,
proscrito de mi reyno y mi familia,
sin bienes, sin honor. Toma la espada,
y derrama la sangre que me aníma,
objeto del horror, del ódio insano,
que á mis venas un tiempo trasmitían
nuestros abuelos mismos.
Agam. ¿Qué pronuncias?
¿Pudiste sin temor, con voz impía,
el nombre recordar de mis abuelos,
y atestiguar con ellos tu perfidia?
¿Has olvidado acaso los horrores
con que cubrió la enemistad iniqua
de Tántalo la extirpe? Este palacio,
aqueste mismo suelo que tu pisas
con temeraria planta, fué bañado
de tu padre en la sangre aborrecida.
Y pues veo á Tieste y sus delitos
retratados en tí, ¿por qué no miras

del formidable Atréo las facciones
en mi rostro tambien?

Espantado.

Egisto. ¡Horrible vista!

Agam. Evitémos el vernos para siempre.

Con furor.

Egisto. Tiestes infeliz, que solicitas?

Agam. ¿Qué furor repentino?...

Egisto. ¿Ves su imágen
pálida, horrible y con la copa misma
que recibió su sangre? Mas, ¿qué digo?
La ilusion engañosa me estravía.

Agam. Cruel, á tu despecho se descubre
el ódio inexôrable que te agita.

Egisto. Inquietados los manes de mi padre
con tu funesta voz, así me inspiran.
¿Qué dispone de Egisto tu venganza?

Agam. Que se aleje al instante de mi vista.

Egisto. ¿Su delito quál es?

Agam. Su nacimiento.

Egisto. Los Dioses vengarán la tiranía.

Agam. Los Dioses no defienden al culpado.

Egisto. Así te haces ministro de sus iras.

Agam. Así de tí me aparto, y el castigo
debido á tus engaños, así evitas.

Egisto. El hijo de Tiestes y el de Atéo

no pueden habitar la tierra misma.
Agam. Aléjate mañana de mi reyno,
ó teme mi furor.
Egisto. Mañana, Atridas,
no me verás en él.

SCENA V.

Agamenon y Guardias.

Agam. Huye, malvado;
de una generacion aborrecida,
infame descendiente, agradeciendo
la vida á mi bondad; y la desdicha,
y el terror que los Dioses te enviáron,
por la tierra y los mares te persiga.

ACTO QUARTO.

SCENA PRIMERA.

Egisto y Clitemnestra.

Egisto. De esta horrible mansion huir me dexa,
y abandona á un amante despechado.
Vuélvete á Agamenon, vuelve y recibe
el á Dios postrimero de mi labio.
Clitemn. ¿Qué dices?
Egisto. De la corte y su reyno,
para siempre el cruel me ha desterrado.
Clitemn. Ya sé, querido Egisto, dónde llega
de su bárbaro pecho el inhumano
y heredado rencor.
Egisto. Pero aun ignoras
que insulté su fiereza arrebatado,
y que la enemistad de nuestros padres,
manifestó la cólera de entrambos.
Tiestes presidió nuestro discurso,
rompiendo de la muerte el duro lazo,
y con los juramentos de venganza,
estos funestos sitios retembláron.
Cúmplanse por nosotros... ¡O, si nunca
hubiera yo seguído tan incauto

el tímido consejo que me diste!
Al ménos con honor saliera de Argos,
y no con un destierro ignominioso.
Mas no debo quejarme de este daño
que padezco por tí: solo me aflige
de tí considerarme separado,
llevando mi dolor y mi ignominia
de ribera en ribera sin descanso,
hasta que de pesares consumido
muera léjos de Grecia y de tus brazos.

Clitemn. ¿Y pudiera sufrirlo Clitemnestra?
No conoces su amor, ni que ha jurado
tierna seguirte donde quiera, sabes.
Y pues que en este caso nos hallamos,
á pesar de la afrenta y el suplicio,
cumplir mi juramento es necesario.
Dispon.

Egisto. ¡Triste de mí! Veo los males,
la angustia y el horror que al separarnos
mi pecho oprimirán; ¡pero infelice!
¿qué puede tu flaqueza, que tu llanto
contra el poder terrible del Monarca?
tu esfuerzo y mi furor serán en vano,
á la ley sometidos de la fuerza.

Clitemn. Ya que contrarrestarla no podamos,
librémonos de su rigor: ¿qué tiempo

de término á tu marcha señaláron?

Egisto. Mañana con la aurora partir debo.

Clitemn. Y á seguirte mañana me preparo.

Egisto. ¿Qué dices?

Clitemn. Mi designio.

Egisto. ¿Quién le inspira?

Clitemn. ¿Debes quejarte de él?

Egisto. ¿Y debo acaso,
consentir qual deseas?

Clitemn. ¿Pues qué? ¿Egisto
no temblará al dexarme?

Egisto. ¡Cielo santo!
¿no adviertes que llevándote conmigo,
el peligro es mayor y el sobresalto?
¿quién nos protegería? ¿quál asilo
al fiero Agamenon podrá ocultarnos?
¿sin armas, ni soldados, yo qué puedo
contra un Rey vengador de Menelao?
Mi pena y mi maldad supiera Grecia,
tu desgraciada suerte deplorando.

Clitemn. La fuga puede solo...

Egisto. ¿Y en qué tierra
podrémos de la muerte libertarnos?
Si me sigues, irás por donde quiera
tu ignominia, y tu pérdida buscando:
elige otro partido mas seguro.

Clitemn. ¿Hay alguno?

Egisto. La muerte, es el que hallo
tan solo á mi dolor. Mas tú dichosa,
á quien la ira celeste no ha alcanzado,
vuelve, vuelve á los brazos de tu esposo,
su fundada sospecha disipando,
que tal es tu deber; y para siempre
renuncia á la esperanza de juntarnos:
á Dios.

Clitemn. Conozco, al fin, tu menosprecio:
ya, ya basta, cruel. Dexa el palacio;
huye, pues lo deseas, de mi vista;
y así agradece y recompensa, ingrato,
mi amor y beneficios para siempre
de Clitemnestra; y de ellos olvidado
huye, y déxame expuesta á la venganza,
mi muerte en tus viages ignorando.
Pluguiera al cielo, infiel, que á tu venida
hubiera esa dureza yo mostrado,
y que al oir tu nombre extremecida,
te negára mi afecto y aun mi amparo.
Mi pecho, con tus súplicas movido,
se arroja á los peligros temerario:
si huyes, él huir tambien intenta;
y si mueres, morir determinado.
Sirve, Egisto, al amor, no á mi prudencia,

que persuadir te esfuerzas tan en vano:
ofréceme otro medio poderoso,
y valgámonos de él.
Egisto. Solo uno hallo.
Clitemn. ¿Y quál?
Egisto. Es muy atroz.
Clitemn. Dile.
Egisto. Horroroso.
Clitemn. ¿Pero cierto?
Egisto. Muy cierto.
Clitemn. ¿Pues acaso
mas terrible será, que la violencia
con que vive mi pecho subyugado
de un mortal á las leyes detestables,
á quien nuestros amores ultrajáron?
¿Despues de tal injuria, qué nos falta?
Responde.
Egisto. Nada ya.
Clitemn. ¿Sellas tu labio?
Egisto. ¿Y tú me lo preguntas?
Clitemn. Me horrorizo...
¡O qué funesta luz! ¿Quién ha causado
el temblor, y la angustia de mi pecho?
¿Qué podrá de su yugo libertarnos?
Dí.
Egisto. Lo ignoro.

Clitemn. ¿Su muerte?

Egisto. ¿Quién lo anuncia?

Clitemn. Tu silencio fatal.

Egisto. Crezca tu espanto:
aquese es mi designio.

Clitemn. ¡Justos Dioses!
¿Quieres que se mancillen nuestras manos
con el crímen atroz del parricidio?
Yo me extremezco.

Egisto. Sí: tímido, helado,
tiemble tu corazon, que en breve, en breve
recibirá de su piedad el pago.
Espera, que tu esposo de Casandra,
de esa mísera esclava enamorado,
su corona y tu lecho la destine,
reservándote solo el triste llanto,
el olvido y oprobio, y á tu hijo
de sus justos derechos despojando.

Clitemn. ¿Y yo consentiría, que gozase
de nuestras desventuras y trabajos
Casandra el galardon? Antes perezca
el bárbaro Monarca: perezcamos
Casandra, yo, tú mismo: con sus muros.
Argos caiga tambien todo arruinado;
y en su seno derrame la venganza,
los furores de Troya y los estragos.

Egisto. Arma el brazo de Egisto sin rezelo;
arma el tuyo tambien, si es necesario.
Confunde á tu rival; y hiere, hiere
de Ifigenia al verdugo despiadado:
no toleres que usurpe tus derechos...
Clitemn. No.
Egisto. Si aprecias tu vida y mi descanso,
perezca Agamenon.
Clitemn. ¡Cómo! *Espantada.*
Egisto. Esta noche.
Clitemn. ¿Y qué mano?...
Egisto. ¿Tú dudas? Este brazo
en él se vengará, y en la Troyana...
Mas no, yo no podré: veo cerrado
á mis terribles golpes el camino,
los que saldrán seguros de tu brazo.
Clitemnestra, es forzoso, ó darle muerte,
ó sin mas dilaciones separarnos:
¿muere, ó parto? Pronuncia.
Clitemn. No te ausentes.
Egisto. A tus pies, Cliteinnestra, te consagro
mi constancia y mi vida en recompensa
de aquese juramento deseado.
Solo falta cumplir; y con un golpe
vengar tu menosprecio, y enlazarnos
sin esperar que él mismo nos castigue.

Clitemn. Huye de este lugar, que siento pasos.

Egisto. Ten presente el amor y los peligros;
y á Dios.

SCENA II.

Agamenon y Clitemnestra.

Clitemn. ¿A dónde huiré? ¡Funesto caso!
¡Mi esposo!

Agam. En este sitio retirada:
¿por qué á los sacrificios has faltado?
¿por qué en mi compañía no autorizas
de la solemnidad el aparato?
¿En tan plausible dia, Clitemnestra,
á los públicos votos teme acaso
unir los de su amor?

Clitemn. ¿Así el injusto
Agamenon se atreve á imaginarlo?

Agam. Así lo sospeché por tu retiro.
El dolor que en tí veo retratado...
la confusion que en vano me disfrazas...

Clitemn. Yo, Príncipe...

Agam. No hay duda: ese afectado
semblante, las miradas; todo, todo
me cubre de temor; pero ya alcanzo
la verdad por Estrofo.

Clitemn. ¡Por Estrofo!

¿Con qué viles calumnias ha infamado?...

Agam. No le ultrajes así; ningun Monarca
de quantos se someten á mi mando,
qual él, mi confianza ha merecido.
Fiel siempre á la amistad y á los sagrados
preceptos de virtud, continuamente
muestras de su gran zelo me está dando;
¿él mismo de mi riesgo temeroso
no me informó de Egisto?

Clitemn. Desterrado
Egisto ya, ¿qué temes?

Agam. Nada temo.
Enemigo tan débil, cuyo brazo
desarmó mi rigor, turbar no puede
mi pecho á guerrear acostumbrado.
Tú sola, tú, con dolorosas dudas
de contínuo le estás martirizando:
dice, que de la suerte de Ifigenia
acusándome aun...

Clitemn. Ya he respirado. *Aparte.*

Agam. Las profundas heridas de tu pecho
renuevas cada dia; ¿pero acaso
no es comun el dolor á nuestras almas?
Grecia toda tambien ha lamentado
mi desgracia fatal; y aun el decreto
movió la compasion de los soldados

mas duros y feroces. ¡Y una esposa,
mas severa que todos, el quebranto
aumentará de un padre! Y entregada
á su resentimiento despiadado,
¿me negará el placer de consolarla?
Llégate, Clitemnestra; y en mis brazos
mitiga tu dolor, y de himenéo
conocerás los consolantes lazos.
¡O venturoso dia, en que los Dioses
que nuestros fieles pechos enlazáron,
de nuevo nos reunen!

Clitemn. ¡Desdichada! *Aparte.*

Agam. Por esta firme union hemos logrado
felicidad eterna, inalterable:
y en tu dolor, al fin, te consoláron
de nuestro casto amor los tiernos frutos.
Electra de Ifigenia es el retrato;
y Orestes, con su amor y su ternura,
cumple el justo deber de venerarnos.

Clitemn. ¡Juramento fatal, á el que por siempre
mi exêcrable maldad ha renunciado!

Agam. ¿Por qué vuelves tu rostro?

Clitemn. Cese, cese
Príncipe, tu bondad, con que has llenado
mi pecho de cruel remordimiento,
de pena y confusion.

Agam. A mi descanso
basta ya tu pesar: aquí no juzgo
el arrepentimiento necesario.
Cese el ódio y rencor, y las sospechas
disipa... ¿Mas qué veo? En triste llanto
bañadas tus mexillas...
Clitemn. El descubre
el horror que me cerca, contemplando
que pude aborrecerte. Amado esposo...
mi rubor será eterno y mi quebranto...
pudiera yo... jamas... culpable he sido...
Permite que á tus pies...
Agam. Ven á mis brazos.
Clitemn. Perdona una sospecha, que atormenta
á mi angustiado corazon. ¿Acaso
de Priamo la hija, esa infelice
que conduxiste victorioso á Argos,
subyugar al amor pudo tu pecho?
Agam. ¿Y tú zelosa temes? ¿Y ha bastado
á inquietar tu ternura esa sospecha?
Pero aquí viene Estrofo: el desengaño
te va á tranquilizar. Guia á Casandra
aquí sin detencion, Estrofo amado.
A Estrofo que aparece, y vase.
Vuelva á tu corazon la calma antigua,
y vuelva el tierno amor sin sobresalto,

que nunca te olvidó tu fiel esposo.
Quando á Troya en cenizas sepultamos,
despues de repartidos los despojos,
los Griegos las esclavas sorteáron.
Tocóme á mí Casandra, y desde entónces
prometí consolarla con mi amparo,
defender su pudor de los ultrajes;
y con tal proteccion he disipado
el temor que mi yugo le inspiraba:
pero aquí con Estrofo va llegando.

SCENA III.

Dichos, Casandra y Estrofo.

Cas. ¿Quién me vuelve á la luz? ¿Quién de la eterna
y deseada noche en mis quebrantos
cruel me arrebató? ¿Que ni aun la muerte
pacífica esperar me habeis dexado?
¿Qué desean de mí? Príncipe, ¿dónde
quieres llevar mis vacilantes pasos?
Agam. A mi vista: no temas: de la Reyna
á la piedad tu suerte he confiado.
Casand. De tu Sacerdotisa, justo Apolo,
compadece el dolor. ¡Dioses sagrados!...
Estrofo. ¿A qué esas tristes voces?
Casand. ¡Desdichada!

Clitemn. ¡Nunca podrás mirarme sin espanto!

Casand. ¡Exêcrable mansion! Sangriento suelo
con un asesinato mancillado,
á cuyo aspecto se obscurece el dia...
¡Qué gritos! ¡qué clamores! ¡qué aparato
tan horrible y cruel! Niños, mugeres,
del cuchillo á los golpes espirando...
¿Qué miro en derredor? Padres verdugos
con esposas adúlteras, y hermanos
parricidas feroces... ¿Veis, ó tristes,
quál nos acechan ya, sangre esperando,
mil pálidos espectros horrorosos,
con palpitantes carnes en sus manos?
¿Alimento de un padre? Ya, ya siento
mi cabello herizarse, ya me abraso,
y el Dios sufrir no puedo que me inspira...
La víctima infeliz se va acercando:
la muerte se aparece: el duro hierro
tiene ya la venganza levantado...
Libradle del furor.

Agam. ¿Quieres del cielo *Irritado.*
las iras despertar en nuestro daño?

Estrofo. ¿De qué nace tu horror?

Casand. ¿No habeis podido
este misterio penetrar?

Agam. ¿Acaso

algun funesto mal nos amenaza?

Estrofo. Declárale.

Casand. Temblad.

Agam. Dioses, ¡qué amago!...

Casand. ¡Deplorable Monarca!...

Agam. ¿Quién te inspira?...

Casand. Un Dios.

Agam. ¿Quién ha de ser asesinado?

Casand. Tú.

Agam. ¿Yo, quando mi triunfo se prepara?

Casand. Troya en sus regocijos ha espirado.

Agam. Quando el incienso y mis humildes votos,
que el cielo recibió benigno y grato...

Casand. El desdichado Priamo fué muerto,
los sagrados altares abrasando.

Clitemn. A Troya no recuerdes.

Casand. Ver su imágen
donde una Elena veo, no es extraño.

Clitemn. ¡Temeraria!

Casand. ¿Me ultrajas? ¡Triste patria!
Troyanos, perdonad aqueste llanto,
que me arranca la suerte desdichada
de vuestro vencedor. Ya van guiados
del impío furor los viles pechos:
¡ó noche de maldad! Veo en la mano
de una esposa el puñal, que va á clavarse

del esposo en el seno desgraciado.

Agam. ¿Qué te extremece?

Clitemn. Su discurso horrible.
Triunfa, y apláudete del bien tan alto
que gozas en la esclava: está de acuerdo
con ella en la maldad, y alucinado
da asenso al vaticinio, á la impostura
que venganza feroz le está dictando
en descrédito mio. A la enemiga
corona, y hiéreme.

Casand. ¡Cómo! ¡acusados
los avisos del cielo de impostura!

Agam. Cesen yá tus agüeros temerarios.

Casand. ¡La desgracia fatal que nos persigue,
infelice Monarca, te ha cegado!
Mañana dormirás en el sepulcro:
ten presente el aviso que te he dado.

SCENA IV.

Clitemnestra, Agamenon y Estrofo.

Clitemn. Y creerá Agamenon, que yo culpable...

Agam. No lo creeré jamas: ántes el brazo
de la muerte implacable me destruya,
que yo de tí sospeche un atentado.

SCENA V.

Agamenon y Estrofo.

Estrofo. Nunca podré acusar á la Princesa;
pero he de confesar, que oí temblando
á la Sacerdotisa. Acaso Egisto...
Sabes que te aborrece, y que el malvado
es capaz del delito.
Agam. De la corte
mañana partirá.
Estrofo. Pero irritado,
hoy permanece en ella. Yo te ruego
por el amor de un hijo, por mis años,
por el temor, en fin, que me domína,
que le mandes al punto salir de Argos.
Agam. Salga, Estrofo: dispon, manda: tú amigo
se abandona á tu zelo y tu cuidado.

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

Agamenon, Estrofo y Orestes.

Estrofo. Contra tí conspiraba impunemente
por haber despreciado sus designios
con heroyca grandeza; y esta noche
cubriría en las sombras su delito.
Velé con atencion en la partida,
y acompañando á la ribera á Egisto,
le ví alejarse de Argos velozmente.
Entrégate al reposo ya tranquilo.

Agam. ¿Cómo recompensar podré tu zelo?

Orest. ¡Qué escucho! ¿Y quáles eran del impío
los malvados intentos?

Agam. Nada temas:
¿los Dioses de piedad, que en mil peligros
apartáron la muerte de mi pecho,
de ella solo me habrian defendido
para hacerme morir al fiero golpe
de un brazo criminal? ¿Y qué enemigo
puede turbar la paz de estos instantes?
Dichoso con tu amor, hijo querido,
dedicaré mis años á guiarte

de la austera virtud en el camino,
para que goce un héroe en tí la patria.
Mis pasos sigue ahora, pues rendido
con el peso y fatigas de la guerra,
del ansiado reposo necesito
en el seno feliz de mis hogares:
á Dios, Estrofo.

SCENA II.

Estrofo solo.

Estrofo. A Dios: goza al abrigo
de los riesgos el sueño, pues burlada
de Egisto la esperanza por mí ha sido.
Feliz yo, si alejándole por siempre,
aparto del furor tu pecho invicto,
y de la vil maldad el de la Reyna.
Tal vez ella me acuse en su delirio,
y el ímpetu primero del enojo:
pero ya va llegando ácia este sitio,
retratado el dolor en su semblante.

SCENA III.

Cliteminestra y Estrofo.

Estrofo. Clitemnestra...
Clitemn. ¿Qué quieres? Huye iniquo:
huye anciano infeliz, de mis pesares
artífice cruel.
Estrofo. De tu martirio
el exceso respeto, y sello el labio.
Clitemn. Aléjate de mí.

SCENA IV.

Clitemnestra sola.

Clitemn. Dioses malignos,
Dioses de crueldad, al fin mi cuello
al yugo de un esposo aborrecido
de nuevo encadenais. ¿Será forzoso
que yo haga de mi amor un sacrificio?
Egisto, amado Egisto, ¿tú me huyes?
¿de mi valor dudaste que atrevido
por tí qualquier empresa abrazaría?
¿Huyes? ¡ay! ¡y me dexas, sometido

mi pecho al himenéo, condenada
á una vida infeliz!... ¿Pero qué miro?
Quién camina en las sombras... O me engaño,
ó es Egisto.

SCENA V.

Egisto y Clitemnestra.

Egisto. Yo soy. *En voz baxa.*
Clitemn. Tú...
Egisto. ¿Le has herido?
Clitemn. ¿Qué pronuncias?
Egisto. Responde en el momento:
¿Respira Agamenon?
Clitemn. Amado Egisto...
Egisto. Ya te comprehendo, infiel: morir yo debo.
Clitemn. Deten... ¿mas qué Deidad te ha conducido
de la noche en las sombras?
Egisto. El averno:
fiado en tu promesa y tu cariño,
á los quales faltaste, hasta la playa
una rápida barca me ha traído:
con mis fieles amigos salté en tierra,
dí muerte á los soldados que atrevidos
me cerraban el paso, y sobornada

la guardia, me conduxo hasta aquí mismo.
Las puertas de la corte y del palacio
ocupadas estan por mis amigos:
todo dispuesto en fin, ¿y tú tan solo
has de causar mi pérdida? A este sitio,
horrible para mí, ¿quién me conduce
sino tu amor, ingrata? Aquí se hizo
el sacro juramento de su muerte,
el qual y tus temores me han traído
á librarte animoso de los riesgos
que al golpe seguirían. Es preciso
descargarle: no dudes: si tu brazo
ántes que asóme el dia no le ha herido,
te expones al tormento preparado
contra tí por Atridas: del peligro
me hiciéron sabedor, quando librarme
conseguí de los fieros asesinos,
que estaban encargados de mi muerte.

Clitemn. ¿Qué dices?

Egisto. Nuestro amor ha conocido.

Clitemn. ¡Con qué velo su cólera ha cubierto!
¡Dioses!

Egisto. No des lugar á su designio:
impide con su muerte...

Clitemn. Me extremezco.

Egisto. Vuela.

Clitemn. Suspende, incauto, aquesos gritos;
que duerme.
Egisto. ¿Duerme?
Clitemn. Allí.
Egisto. Luego su vida
está en nuestro poder: sino le herimos,
vas á morir: ¿qué esperas?
Clitemn. Su venganza:
á pesar de la infamia y el castigo,
no esperes que en su seno Clitemnestra,
clave el duro puñal.
Egisto. Pues mi suplicio
has decretado ya: voy al momento
el cómplice á entregar de tus delitos.
La fuga es imposible, ya cerrado
á mis pasos el mar y los caminos:
si me detengo aquí, soy descubierto;
iré, pues, arrostrando los peligros
del Monarca á la estancia; pero un golpe
te condena á morir: el pecho mio
emprende hasta vencer, y nunca cede;
al verme ha de clamar extremecido:
vendrán de mi furor á libertarle,
y de un infructuoso parricidio
víctima entónces tú...
Clitemn. Cesa ya, cesa...

un Dios quiere guiarme al precipicio.
Egisto... no me yeras... nunca, nunca
esta angustia, este horror he padecido...
¿Pero quién descubrió nuestros amores?

Egisto. Su Casandra, y Estrofo mi enemigo,
ansiando nuestro mal: toma este acero,
entra, hiera tu brazo vengativo,
y salve nuestro amor.

Clitemn. Vano es tu intento.

Egisto. No esperes á la aurora. Te ha mentido
si negó de la esclava los amores:
ella triunfa.

Clitemn. ¿Qué haré? ¡cruel martirio!

Egisto. ¿Aun dudas? Clava, pues, clava en mi pecho
ese agudo puñal, y en sangre tinto,
pálido, moribundo, ante los ojos
de tu juez inflexîble lleva á Egisto,
y su cuerpo horroroso y palpitante
sea de tu inocencia fiel testigo.

Clitemn. No: tú no morirás.

Egisto. Perecer debe
Agamenon, ó yo... ¿Pero qué ruido?...
Tu muerte llega ya.

Clitemn. Dame el acero,

Armándola con el puñal.

Egisto. Corre, vuela con él: insta el peligro:
el golpe evitarás que te amenaza.

SCENA VI.

Egisto solo.

Egisto. Sal del obscuro seno del abismo,
¡ó sombra de Tiestes! y tus ojos
la sangre saciará de tu enemigo,
que á derramarse va: ven á llevarle:
alzado ya sobre su pecho miro
el hierro vengador, que airado guia
la diestra de una esposa al parricidio
por el temor y el ódio conducida...
¿Mas qué estrépito suena en mis oídos?
El golpe no se escucha: ¡santos Dioses!
se ha frustrado, tal vez, el sacrificio:
huiré.

Agamenon dolorosamenta detrás de la scena.

Agam. Deten el brazo.

Egisto. Ya, ya espira,
y yo Monarca soy.

SCENA VII.

Clitemnestra y Egisto.

Clitemn. ¿A dónde guio
mis pasos? ¿dónde estoy? ven al momento,
Egisto, á mi socorro... No has oído...
Egisto. ¿Qué?
Clitemn. En esta misma estancia...
Egisto. ¿Qué fué?
Acaba.
Clitemn. Habláron.
Egisto. Era yo.
Clitemn. ¿Quándo?
Egisto. Ahora mismo.
Clitemn. ¡Exêcrable maldad! Abrí su pecho.

Quitándola el puñal.

Egisto. ¡Tiestes, la venganza has conseguido!
He aquí la sangre del injusto Atridas.
Clitemn. A Orestes despertáron sus gemidos,
y entró: yo conturbada por las sombras,
veloz huí del exêcrable sitio.

Sonriéndose.

Egisto. Esta de Agamenon, esta es la sangre:
respira Egisto ya.

Clitemn. Dioses, ¡qué miro!
¿y puede sonreir quando la sangre
derramándose está?
Egisto. ¿Debes?...
Clitemn. ¡Impío!
te conozco por fin, y me aborrezco.

SCENA VIII.

Dichos, y Paleno.

Paleno. Corre, Príncipe, al punto: con sus gritos
á los guardias Casandra ha desvelado,
y está todo el palacio conmovido.
Entretanto á su fin ella se acerca,
pues el mortal veneno que yo mismo
preparé á tu mandato, ya ha tomado.
De la suerte de Atridas advertido
por sus lamentos fuí: Reyna, somete
Argos, y toda Grecia á tu dominio.
Confunde á los rebeldes con tu vista.
Egisto. Paleno, este puñal que ves teñido
de sangre aborrecida, va á mostrarles
que el señor de los Griegos es Egisto.

SCENA IX.

Clitemnestra y Orestes.

Clitemn. ¿Qué veo?... Orestes llega... ¿Dónde, dónde
ocultarme podré?... ¡Querido hijo!
Pálido y turbado.
Orest. Venid, amada madre, á ver el pecho
de mi padre infeliz, que yace herido.
Venid.
Clitemn. Hijo, deten: huye este suelo
manchado con la muerte y el delito.
Orest. Inundado de sangre está su lecho:
enmedio de sus males y suspiros,
mirándome exclamó: "Tu madre..." El triste
para hallar en su muerte algun alivio,
os llamaba sin duda.
Clitemn. Tierra, averno,
abrios á mis pies.
Orest. ¿Y no hay arbitrio
para hacerle vivir?
Clitemn. ¡Pluguiera al cielo!
¡O madre criminal!
Orest. Destituídos
de la esperanza ya, solo nos resta

implorar contra el pérfido asesino
el golpe vengador al justo cielo.
Clitemn. Reciba de su cólera el castigo.

SCENA X.

Dichos, Casandra, Estrofo, Pueblo, y Soldados con hachas.

Casand. Salvad, salvad á Orestes, que aun es tiempo.
Estrofo. Huye de esta mansion, funesto asilo
de la muerte y horror, hijo infélice.
Orest. ¿Nos seguirá mi madre?
Estrofo. Huye te digo,
sino quieres morir: ya ha publicado
su horrorosa maldad el vil Egisto:
Orestes, sígueme, y en tu memoria
grava, grava por siempre este delito,
que ha de vengar tu brazo.
Orest. Sí, lo juro
por las hijas del Tártaro.
A. Estrofo.
Casand. Benigno,
ocúltale de un bárbaro á las iras...
Ya llega amenazando, huid.

SCENA ULTIMA.

Egisto, Casandra, Clitemnestra, Paleno, Griegos armados, y con hachas.

Egisto. Argivos,
reprimid esos gritos sediciosos,
ó silencio impondrán á los iniquos
el destierro, la muerte y las cadenas:
Reyna, enxuga tu llanto: del castigo
era digna, de Atridas la perfidia.
En la negra ribera de Cocito
los brazos de Ifigenia ya le esperan.

A Paleno.

Venga Orestes aquí: zeloso amigo,
vé á conducirle.
Clitemn. ¡Orestes!
Casand. Abandona
tu esperanza, cruel; de tu dominio
se ha alejado.

Furioso y con terror.

Egisto. ¿Qué dices?
Casand. Lo que temes:
un crímen á otros mil abre el camino.
Estando libre Orestes, poco, injusto,

con la muerte del Rey has conseguido.
Clitemn. Protegiendo sus dias una madre,
¿qué se debe temer? Vuélveme el hijo.

Fuera de sí.

Casand. Vuélvele tú su padre.
Egisto. En el momento
dinos dónde se oculta, ó teme á Egisto.
Casand. Huyó de los adúlteros la casa.

A los Guardias.

Egisto. Corred, y con su muerte...
Aparte.
Clitemn. ¡Hijo querido!
¡Fiero monstruo!

Moribunda.

Casand. Deten... ya de mis ojos
va faltando la luz: óyeme, impío,
y de terror te cubrirá el asenso
á mi postrer anuncio prometido.
¡Orestes vengador, por mí salvado,
á arrancarte vendrá con brazo invicto
la sangrienta diadema! Teme, teme
los fieros homicidas que á este sitio
sus huellas seguirán: él mismo un dia

matará de su padre al asesino...
y él en fin... á su madre dará muerte.
Del tirano feroz que os ha oprimido
huid temblando todos, y dexadle
en su remordimiento y su martirio...
A Dios... Yo voy delante... al negro averno,
y á Minos pediré vuestro suplicio.

FIN.



